

José María Córdoba en la tradición historiográfica colombiana. La imagen del héroe y la invención del mito, 1858-1993

Este trabajo compendia algunas de las más notables variaciones experimentadas por la imagen del general José María Córdoba en la historiografía de los dos últimos siglos. A partir de una amplia revisión bibliográfica, aborda el estudio del largo camino por el cual la historiografía convirtió al personaje en arquetipo de determinados rasgos morales, vinculando de forma casi inseparable su nombre con diferentes cargas semánticas, de modo que características que en un principio no lo tipificaban, terminaron identificándolo plenamente.

Palabras claves: Historiografía tradicional, Imagen, Héroe, Paradigma, Tradición

Artículo recibido: julio, 1999; aprobado: octubre, 1999.

JOSÉ MARÍA CÓRDOBA EN LA TRADICIÓN HISTORIOGRÁFICA COLOMBIANA. LA IMAGEN DEL HÉROE Y LA INVENCIÓN DEL MITO, 1858-1993*

*Andrés López B. ***

Atendiendo esencialmente al rumor producido por la lucha de los vocablos que tratan de imponerse en la historia escrita, en el presente trabajo se procura adelantar la lectura de rasgos característicos de algunos textos históricos. En su calidad de elemento constitutivo del relato histórico, la continua utilización de adjetivos por parte de los historiadores determina al menos parcialmente la forma de las composiciones, influenciando, en menor o en mayor medida, las ideas que se transmiten. Conforme a ello, nuestra pretensión es exponer -al menos en líneas generales-, la evolución y el sentido de las ideas sobre las que ha gravitado la historiografía tradicional referida a “un héroe” del período de la independencia nacional.

Para el efecto, se ha tomado como punto de partida un postulado según el cual buena parte de los estudios históricos han estado influenciados por componentes distantes de su fin específico, explicar el pasado, de manera que sus objetivos se han concentrado más bien en crear tradiciones, entendidas como pautas de opinión y comportamiento sobre las cuales es posible

* Este artículo hace parte de un trabajo de grado aprobado en la Universidad de Antioquia como tesis en la carrera de Historia en 1996. En el mismo aparecerá el apellido Córdoba de la manera como es utilizado por sus comentaristas, con b labial; desde mediados del siglo XIX.

** Para la elaboración del presente trabajo se empleó información que alcanza a cubrir sólo hasta 1993, año de inicio de la investigación. Debo agradecer las amables orientaciones de la profesora María Teresa Uribe, relativas al contexto histórico en el que tuvieron lugar las variaciones en la imagen del héroe; (entrevista realizada en Medellín, el 25 de enero de 1999). También debo un especial agradecimiento a la profesora Adriana Alzate E., por su lectura y comentarios al texto.

establecer calculadas estrategias de acción política y social.¹ De acuerdo con este referente, al igual que en todas las tradiciones inventadas, el propósito de la historiografía tradicional colombiana dedicada al período de la independencia, sería el de reforzar la cohesión de una sociedad cuyas vinculaciones internas han experimentado un deterioro notable, así como inculcar en la masa de la población sistemas de valores, creencias y normas de comportamiento. La erección de figuras heroicas como paradigmas y como modelos cuya idealización sirvió para conformar mecanismos de autorreconocimiento, evidencia en este marco su razón de ser.

Resulta conveniente señalar que este trabajo no se centra en la evolución de las obras históricas en sí, sino en explorar el tratamiento que en ellas ha recibido la figura de “un héroe” del período de la independencia. Al hablar de tradición, se estará haciendo referencia a la transmisión escrita, por medio de uno o varios adjetivos, de una idea determinada sobre un atributo característico del “héroe”, pero sólo en aquellos casos en los que dicha idea figura un número ponderado de veces en las fuentes consultadas (veinte o más). Por el número de repeticiones, puede asumirse que la idea en cuestión ha gozado de un grado de aceptación más que notable por parte muchos historiadores. Al hablar de evocación también se estará haciendo referencia a una idea significativa pero de menor impacto que la tradición, por haber sido registrada con inferior recurrencia en las obras examinadas. Por primera tradición deberá entenderse la que más veces aparece en las fuentes, por segunda tradición aquella que le sigue en número de figuraciones, y así sucesivamente.²

¹ Eric Hobsbawm y Terence Ranger examinan esta temática en “Introduction: inventing traditions”. En: *The invention of tradition*, ed. by Eric Hobsbawm and Terence Ranger. Cambridge, Cambridge University Press, 1992, p.9.

² Para Manu Montero, profesor de la Universidad del País Vasco, la tradición historiográfica sólo puede ser la sucesión de obras históricas que se han producido en un país determinado a lo largo de su existencia. Según dice, en vista de que las nóminas de historiadores no crean de por sí una tradición historiográfica, al utilizar esta palabra convendría emplear una perspectiva amplia, en términos cronológicos, temáticos y de autores, porque de lo contrario la visión resultante será un tanto reducida. Manu Montero. “La Invención del Pasado en la Tradición Historiográfica Vasca”, *Historia contemporánea*, No.7, Revista del Departamento de Historia Contemporánea, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1992, pp.291-292. En rigor, la formulación sugerida por el profesor Montero es bastante correcta. Sin embargo, seguirla con inflexibilidad supondría la imposibilidad de utilizar la expresión en trabajos de análisis como el presente, ya que sólo trabajos de síntesis verdaderamente magnos podrían darse el lujo de definir en propiedad tradiciones historiográficas. Por ello proponemos una acepción alternativa del término. Sin perder de vista las limitaciones del presente trabajo, nos hemos permitido la utilización del término a escala, esto es, dentro de los límites demarcados por nuestras fuentes y por nuestro propósito de analizar, no la sucesión de las obras históricas en sí, sino el tratamiento de una temática precisa en ellas: la evolución de la imagen de “un héroe” colombiano del período de la independencia en la historiografía nacional.

El villano, 1858-1869

En la historiografía nacional, las primeras alusiones a José María Córdoba fueron hechas por don José Manuel Restrepo. Tanto en su *Historia de la revolución de la República de Colombia*³ como en su *Diario político y militar*,⁴ el padre de los historiadores colombianos describió al prócer de la independencia como un hombre supremamente ambicioso.⁵ En la “enorme ambición” que Restrepo advirtió en Córdoba, encontró el móvil perfecto para señalarlo como “uno de los conspiradores que atentaron contra Bolívar en Bogotá”, durante la noche del 25 de septiembre de 1828.⁶ Según este autor, Córdoba se mostraba “como ardiente amigo del Libertador para hacerle traición en la primera oportunidad”.⁷ Por ello, dice, “observó una conducta hipócrita y manifestó tener un corazón depravado”.⁸ Por haber correspondido al trato preferencial de Bolívar “tomando parte en una conspiración en su contra”, y por haberse sublevado un año más tarde desconociendo su mando supremo, Restrepo consideró la conducta del general antioqueño como “negra ingratitud”.⁹ Además de “incitador a la rebelión”,¹⁰ “seductor de jefes” y “alborotador de pueblos”,¹¹ Córdoba también fue mostrado por Restrepo como un hombre “despótico”, tosco y “resentido por su falta de educación”,¹² que adujo razones “no válidas” para justificar su alzamiento armado en contra de Bolívar.¹³

³ Impulsado por el deseo de “recordar los hechos de los ilustres guerreros y de los políticos”, y reconociendo a Bolívar como el creador de la Gran Colombia y el hombre que debió convertirse en “ley perdurable”, José Manuel Restrepo (1781-1863) publicó en 1828 su *Historia de la revolución de la República de Colombia*. La obra había sido impresa en París un año antes. José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia*, Medellín, Bedout, 1969-1970.

⁴ José Manuel Restrepo. *Diario político y militar*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1954.

⁵ José Manuel Restrepo. *Historia de la revolución...* Vol. VI, pp.247,257,640; y José Manuel Restrepo. *Diario político y militar*, Vol.II, p.36.

⁶ *Ibid.*, Vol.II, p.46.

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*, Vol.II, p.36.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución...*, Vol. VI, p.250.

¹² José Manuel Restrepo, *Diario político y militar*. Vol.II, p.49.

¹³ *Ibid.*. Vol.II, pp.36-41.

También el historiador José Manuel Groot consideró que Córdoba codiciaba el alto poder que ostentaba Bolívar. Al igual que Restrepo, Groot opinó que Córdoba había sido “un intrigante desagradecido, un revolucionario descarado y arbitrario” que se unió con los enemigos del Libertador “sin motivo alguno”,¹⁴ “para vociferar y perturbar el orden público causando graves daños a la estabilidad de la república”.¹⁵

Todo indica que en la historiografía posterior a Groot y a Restrepo, jamás se repitió con la aspereza de estos autores, pronunciamiento alguno sobre Córdoba. Al parecer, muy pocos historiadores volvieron a referirse a él en términos tan fuertes. Antes bien, en lo sucesivo se procuró limpiar la mancha estampada en su nombre, dándose así la primera gran discontinuidad en la narrativa referida a su vida y hechos. Lo anterior no significa que todo lo expresado por Restrepo y por Groot sobre Córdoba se hundiera en el olvido, pues de los señalados por ellos, sólo los matices censurables del “héroe” corrieron tal suerte. Aquellos aspectos de su personalidad que se prestaban a la explicación o a la justificación de su proceder, o que de algún modo magnificaban su silueta, han sido preservados, pulidos y perpetuados con esmero hasta el presente. Es el caso de “su talante jactancioso, explosivo y precipitado”, de “su enorme ascendiente sobre la tropa bajo su mando”, o del “ánimo inquebrantable que le hacía preferir la muerte a la derrota”. Restrepo fue el primero en registrar cada uno de esos aspectos, pero con el paso del tiempo su señalamiento se volvió patrimonio común de muchos historiadores colombianos, quienes más de ciento veinte años después los siguen percibiendo con regularidad y sin mayores variaciones.

¹⁴ José Manuel Groot, *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, Bogotá, ABC, 1953, Vol. V, pp.420-422.

¹⁵ *Ibid.*, Vol. V, pp.419,420,425. Según Germán Colmenares, para los historiadores hispanoamericanos del siglo XIX “el héroe no debía entrar en una contradicción inconciliable con su propio mundo social. Sencillamente porque él era la encarnación más pura del ser colectivo y en él reposaban las simientes del perfeccionamiento social. El conflicto irresoluto de un personaje con su propia sociedad lo señalaba como un héroe fallido”. Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, 2a.edición, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1989, p.155. Como lo demuestra este autor, los historiadores hispanoamericanos del siglo XIX mantuvieron una estrecha vinculación social y política, así como una comunicación constante. De ahí que el fenómeno de la continuidad de criterios en el discurso histórico haya sido normal desde los inicios mismos de la historiografía colombiana. Se anota esto porque a pesar de haber sido escrito entre 1819 y 1858, el *Diario político y militar* de José Manuel Restrepo, no fue publicado sino hasta 1954. Curiosamente, las apreciaciones que contiene este libro

El hombre ilustre y desventurado, 1865-1876

En 1865, cinco años antes de que la obra del señor Groot saliera a la luz pública, el general Joaquín Posada Gutiérrez divulgó sus *Memorias histórico-políticas*.¹⁶ Dado que su parecer acerca de Córdoba era muy diferente del único conocido por la opinión pública hasta entonces -el del historiador Restrepo-, la imagen del prócer propuesta por el general Posada resultaba bastante novedosa. Este autor fue tal vez el primero en presentar a José María Córdoba como un líder verdaderamente “denodado y distinguido”. Se encargó de sembrar la idea de que el héroe había sido “el espanto de los opresores de la patria y el asombro de los republicanos”.¹⁷ Típicamente militar, su comentario de que el nombre del prócer “había bastado en los campos de batalla para infundir temor en las filas enemigas”, se volvería bastante común en lo sucesivo. Ciertamente, José Manuel Restrepo había reconocido el renombre del héroe de manera tangencial en la *Historia de la revolución*,¹⁸ pero fue el general Posada quien instauró la más firme tradición sobre la “alta reputación” del prócer. Sólo a partir de la publicación de su libro, términos como “ilustre”, “famoso”, “sobresaliente”, “prestigioso”, “eximio” e “insigne”, se volvieron frecuentes para hacer referencia a Córdoba. Posada Gutiérrez se encargó de dejar en claro que “Córdoba no fue ningún estúpido, ni tampoco un idiota” como en su momento lo pensaron algunos. Apuntó que lo distinguieron muchas cualidades, a pesar de haber tenido defectos como cualquier ser humano. La presentación de Córdoba como una “triste víctima de la injusticia”, “el odio gratuito”, “la persecución desleal”, y “la traición”, también corrió inicialmente por cuenta del general Posada Gutiérrez. Por el número de menciones que alcanza en las fuentes consultadas, estas relevantes nociones son la cuarta tradición más importante sobre Córdoba. Desde un comienzo tales ideas se mostraron fuertes, pues sólo en el libro de Posada Gutiérrez figuran catorce veces.

sobre Córdoba presentan impresionantes coincidencias con las expuestas desde 1869 por el señor Groot en su *Historia eclesiástica y civil*. Las coincidencias son tantas, que bien puede pensarse que éste último autor tuvo acceso al manuscrito original del *Diario*. Tomando en cuenta que Groot empezó a escribir su libro dos años antes de que Restrepo concluyera el suyo, resulta factible que haya tenido conocimiento del trabajo del historiador antioqueño.

¹⁶ Joaquín Posada Gutiérrez (Grl.), *Memorias histórico-políticas*, Vol. I, Medellín, Bedout, 1971.

¹⁷ *Ibid.*, Vol. I, p.319.

¹⁸ José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución...* Vol. VI, p.250.

Las antedichas variaciones en la imagen del "héroe" se relacionan estrechamente con las repercusiones de la guerra civil que tuvo lugar en Colombia entre 1859 y 1862. En aquella guerra el general Tomás Cipriano de Mosquera encabezó un levantamiento liberal con la intención de acrecentar el poder del Estado del Cauca, el más grande del país en el momento,¹⁹ y tomar el poder nacional en manos de los conservadores. En adelante de su iniciativa, Mosquera separó el Cauca de la Unión y entró en negociaciones con Antioquia para tratar de conseguir su adhesión. Del mismo modo intentó hacerse a amplias zonas del Estado de Bolívar, con la pretensión de configurar una nación con los territorios occidentales de la actual República de Colombia. El caudillo entró a Bogotá el 18 de julio de 1861 al frente de su ejército victorioso y tomó el poder en la única de las guerras civiles del siglo XIX que tuvo éxito en derrocar al gobierno establecido. El 10 de septiembre del mismo año, Mosquera convocó un congreso de plenipotenciarios de los Estados y el día 20 del mismo mes promulgó el denominado "Pacto de Unión", que confirió a los Estados de Bolívar, Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena, Santander y Tolima, el carácter de Soberanos, ligados para constituir los "Estados Unidos de Colombia". Lo significativo del caso es que, como se ha dicho, esta guerra fracturó severamente la unidad nacional, generando la idea de que la nación colombiana como tal iba a dejar de existir. Aunque el país no se dividió, la Constitución de 1863 revitalizó ostensiblemente los poderes regionales, hecho que supuso la necesidad de crear una conciencia nacionalista para contener las tendencias a la disgregación. La creación de un ambiguo sentido nacional se operó entonces mediante el resurgimiento de mitos fundacionales unificadores como los paradigmas heroicos de la independencia.

De otra parte, cabe anotar que en las décadas de 1860 y 1870, la historia se escribía en buena medida en función de la política, y por ende los historiadores se encontraban adscritos o simpatizaban con partidos políticos bien consolidados programática e ideológicamente desde 1849-1850. Dado que las relaciones primigenias de los partidos con Bolívar y Santander lucían ya distantes, quedó en evidencia la necesidad del retorno a esos patricios y

¹⁹ "Atlas Básico de Historia de Colombia". *Credencial Historia*, No.38, Bogotá, febrero de 1993, p.11.

otros próceres de su época, con el objeto de encontrar relaciones y puntos de contacto útiles como estandartes en las álgidas justas del acontecer político que tuvieron lugar a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX. La necesidad de hacer historia partidista condujo desde entonces a la implantación de los “martirologios” o exaltaciones de la desventura de los héroes. Examinado en detalle el asunto, salta a la vista que históricamente dicho recurso ha sido utilizado con especial profusión para reforzar la estatura heroica de los prohombres enarbolados como emblema por el liberalismo, retratados con frecuencia por los historiadores en una inconfundible pose de víctimas de la persecución clerical, por haber sido acusados de practicar la masonería, por sus ideas de avanzada y por haberse manifestado a favor de la implantación de agresivos esquemas económicos. En ese sentido, aparte de José María Córdoba, no deben olvidarse los casos clásicos de otros abanderados de las ideas liberales como Rafael Uribe Uribe y Jorge Eliécer Gaitán, marcas indelebles en la memoria del país desde el momento mismo en que dejaron de existir a manos de intolerantes adversarios políticos.

Entre 1860 y 1870 puede ubicarse, pues, el momento en que Córdoba, “prócer antioqueño por excelencia”, pasa de ser percibido como villano a ser mirado como el rutilante héroe que necesitaba el próspero y pujante Estado Soberano de Antioquia. El cambio en la imagen del prócer fue bastante oportuno para los intereses de la élite paisa sin distingo de partidos, pues bajo la activa dirección de Pedro Justo Berrío, por aquella época, se hallaba más empeñada que nunca en la consolidación de la autonomía y la identidad regionales, frente a los demás poderes regionales y al poder nacional.

La conversión del hombre en leyenda, 1876-1910

Libre de los cargos formulados por Restrepo y por Groot gracias a las apreciaciones del general Posada Gutiérrez, la figura de Córdoba pudo al fin ser examinada por los historiadores posteriores sin mayores impedimentos para encontrar en ella destellos de incuestionable y perenne grandeza.

El punto de partida: de víctima a mártir

Para afirmar los cimientos de la construcción historiográfica que iban a emprender, los historiadores del último cuarto del siglo XIX dejaron en claro que la absolución histórica del ilustre personaje era ya un hecho. Por lo general, procedieron a exponer sus propios argumentos sólo después de haber citado una y otra vez la autoridad de las apreciaciones del general Posada Gutiérrez, gracias a las cuales la imagen negativa de José María Córdoba había experimentado un vuelco total.

Fundamentándose en un profundo sentimentalismo proveniente de la memoria familiar que supervaloró la figura del prócer, un sobrino suyo, el historiador Federico Jaramillo Córdoba, confirmó hasta la saciedad que el general Posada había tenido toda la razón al afirmar que José María Córdoba había sido un hombre "verdaderamente noble". En lo venidero, muchos encargados de escribir sobre el pasado avalarían dicha idea, convirtiéndola en una sólida tradición. Igual suerte corrió la idea de que el general Córdoba "fue empujado a la revolución y obligado a recurrir a las armas". Afianzada hacia 1875, sus apariciones en la historia escrita fueron bastante frecuentes a partir de entonces. Durante el último cuarto del siglo XIX y el primer decenio del siglo XX, los comentarios relacionados con que José María Córdoba "fue traicionado hasta la hora de la acción de armas en la que perdió la vida" incrementaron sus apariciones en los libros. Se anotó repetidamente que "estando inerte fue vilmente asesinado", y se resaltó el hecho de que aún así "fue capaz de sobrevivir para la gloria".²⁰ Posada Gutiérrez había hablado de "la honrosa recordación"²¹ que inspiraba el nombre del general Córdoba, pero fueron los historiadores del período inmediatamente posterior, quienes extendieron este concepto a la exaltación de su memoria, "tan sagrada y tan digna de ser transmitida a las futuras generaciones".²²

²⁰ Federico Jaramillo Córdoba, "Biografía del Esclarecido General de División José María Córdoba", Bogotá, Imprenta de Echeverría Hermanos, 1876. En: *Academia Colombiana de Historia. Córdoba (biografías del siglo XIX)* 36. Bogotá, Kelly, 1980, p.89.

²¹ Joaquín Posada Gutiérrez (Grl.), *Op.cit.*, p.23.

²² José María Arango y C. "El Santuario", Medellín, Tipografía Central, 1898. En: *Academia Colombiana de Historia. Córdoba (biografías del siglo XIX)* 37. Bogotá, Kelly, 1980, p.14.

Si se examinan con cuidado las obras de Federico Jaramillo Córdoba y Rafael Baraya, salta a la vista que desde la época de estos autores se afianza la imagen del general Córdoba como el primer mártir de las ideas liberales en Colombia. Posteriormente dicha visión sería confirmada, en pleno siglo XX, por Gerardo Molina y Pilar Moreno de Angel.²³ La historiografía del último cuarto del siglo XIX afirmó además, que José María Córdoba no sólo había sido bien visto por Posada Gutiérrez, sino también por historiadores de países como Venezuela, Perú, Ecuador y Gran Bretaña.²⁴ Hizo notar que por afinidad, la biografía del prócer vendría a ser “la de todas las celebridades de su época”,²⁵ tanto porque “la fama siempre lo mantuvo en primerísimos lugares”, como porque al igual que los demás hombres sobresalientes de su generación “había nacido predestinado para la gloria”.

Ungido por la gloria

Del mismo filón historiográfico que se viene examinando, proviene la consagración de José María Córdoba como “El Hijo de la Gloria”. Aunque José Manuel Restrepo y el general Posada Gutiérrez habían efectuado algunas menciones de “la bien merecida gloria militar” del prócer, sólo a partir de 1876 -cuando se publicó la obra de Federico Jaramillo Córdoba-, comenzó a hacerse verdadero énfasis en el asunto, convirtiéndolo para lo sucesivo en sólida tradición. También en 1876, Juan C. Llano retrató al héroe “literalmente agobiado con el peso de los laureles”.²⁶ Desde esa época, y casi hasta el presente, varios historiadores lo han descrito prácticamente del mismo modo.²⁷ La de la gloria inconmensurable es la octava tradición historiográfica más

23 Véase la introducción del libro de Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, 2a. edición. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1978; y, Pilar Moreno de Angel, *José María Córdoba*, Bogotá, Kelly, 1977, p.527.

24 Rafael Baraya, “Biografía de José María Córdoba: General de División de la Independencia”, Bogotá, Casa Editorial de Carlos Franco, 1898. En: *Academia Colombiana de Historia. Córdoba (biografías del siglo XIX) 37*, Bogotá, Kelly, 1980, p.119.

25 Federico Jaramillo Córdoba, *Op., cit.*, p.7.

26 Juan C. Llano. “Biografía del Prócer Americano José María Córdoba”, Medellín, Imprenta del Estado, 1876. En: *Academia Colombiana de Historia. Córdoba (biografías del siglo XIX) 36*, Bogotá, Kelly, 1980, p.198.

27 A manera de ejemplo, puede mencionarse un poema citado por doña Pilar Moreno de Angel en su biografía de Córdoba, publicada en 1977. Dice doña Pilar: “...impetuoso e irresistible, soñador y realizador, la gloria -al

importante sobre el prócer. Desde sus inicios en los años setenta del siglo XIX, esta tradición ha presentado tanto esplendor en Córdoba como fruto de “sus méritos claros y suficientes”. “Ascendió por medio de sus eximias virtudes dejando inmortalizado su nombre”, dijo de él el historiador Baraya,²⁸ en tanto que Eduardo Posada anotó que el prócer: “recibía sus ascensos sobre el campo de batalla; parecía que las balas marcaran sobre su vestido, como la tiza de un sastre, el lugar en donde debían colocarse los galones”.²⁹

El guerrero fantástico

Una “sólida presencia de ánimo”, propia de los seres que se sienten seguros de sí mismos, un “singular porte marcial”, y una “arrogante altivez” que compaginaba con “su bélica apostura”, conformaban, según historiadores del último cuarto del siglo XIX, la impresión que Córdoba causaba entre quienes lo veían por primera vez. Los historiadores de aquel entonces también percibieron en él “un don de mando natural”, y las raíces de “la disposición militar” que demostró siendo joven, las hallaron en su niñez más temprana. Encontraron que el “genio de la guerra” iluminó con sus resplandores “aquella frente acostumbrada sólo a ceñir los laureles de la victoria”,³⁰ y entre “sus hechos y hazañas”, destacaron “las cargas legendarias” que le granjearon un lugar de privilegio entre los militares de su tiempo.³¹ En 1876 Juan C. Llano fue uno de los primeros en señalar a José María Córdoba como el jefe patriota que despertó “admiración de los centauros llaneros” y rivalizó “en intrepidez” con ellos. “Sólo tuvo idea de lo que se llamaba miedo por haberle observado en los demás”,³² dijo, al tiempo que daba crédito a las tradiciones que exaltaban “su audacia temeraria y su serenidad imperturbable en las batallas”. Tamaña

fin y al cabo mujer- lo había coronado como en el poema de José Joaquín Olmedo: ‘Mientras por sierras y hondos precipicios - a la hueste enemiga - el impaciente Córdoba fatiga : Córdoba, a quien inflama - fuego de edad, y amor de patria y fama ; Córdoba, en cuyas sienes con bello arte - crecen y se entrelazan - tu mirto Venus, tus laureles Marte’”. Pilar Moreno de Angel. *Op.cit.*, p.308.

²⁸ Rafael Baraya, *Op.cit.*, p.91.

²⁹ Eduardo Posada, “General José María Córdoba”, En: *Córdoba, Zea. Girardot: tres estudios biográficos*, Autores Antioqueños, Vol.10, Medellín, Imprenta Departamental, 1961, p.13.

³⁰ *Ibid.*, p.220.

³¹ *Ibid.*, p.214.

³² *Ibid.*, p.160.

vocación guerrera no podía haber pasado desapercibida ante los ojos de Bolívar. De ahí que tanto Jaramillo Córdoba como Llano se dieran a la tarea de reafirmar lo expresado por el general Posada Gutiérrez, en el sentido de que sin lugar a dudas Córdoba había sido el predilecto del Libertador entre los militares que lo rodearon. Con la publicación de sus trabajos, estos autores fundaron la tradición que de una vez por todas introdujo a Córdoba en “la constelación de héroes e invencibles paladines” que giraron en torno “al astro”, Bolívar.³³ Valga anotar que todo indica que ningún escritor anterior a Llano se había referido a Córdoba llamándole “adalid” o “paladín”, términos que en lo venidero serían de uso común para el efecto. En las postrimerías del siglo XIX, a manera de síntesis de lo dicho hasta entonces sobre el Córdoba guerrero, Eduardo Posada apuntó: “Con razón se le ha llamado el Marte Colombiano. Y quizás en los futuros siglos, cuando mucha de nuestra historia sea tenida cual creación mitológica, será él, sin duda, uno de los dioses de la guerra”.³⁴

Tan grande exaltación del héroe coincide con una decidida iniciativa de la intelectualidad antioqueña de la época, tendiente a promover el conocimiento, la discusión y la difusión de la historia de la región y del país. En las postrimerías del siglo XIX y comienzos del XX, la afición por la investigación y la subsiguiente publicación de obras historiográficas adquirió un notable impulso proporcionado por autores como Manuel Uribe Angel y Vicente Restrepo, quienes produjeron significativos trabajos dedicados a la comprensión desde un punto de vista histórico, de la geografía, la demografía, la economía, la sociedad y la cultura nacional y regional. Por la trascendencia de sus obras y sólo por citar algunos, también merecen ser mencionados los nombres de Estanislao Gómez Barrientos, Alvaro Restrepo Eusse y Tulio Ospina. En medio de tan propicio panorama no resulta casual que en 1903, ante la perturbación ocasionada por la separación de Panamá, la crisis económica, el trágico balance derivado de la Guerra de los Mil Días y en vista de la unanimidad general sobre la urgencia de fortalecer la nacionalidad, se consumara la constitución de la Academia Antioqueña de Historia, capítulo de la Academia Colombiana de Historia, fundada un año antes. Condicionada por “la responsabilidad de formar ciudadanos patriotas”, la Academia

³³ Federico Jaramillo Córdoba, *Op.cit.*, p.23.

³⁴ Eduardo Posada, *Op.cit.*, p.41.

Antioqueña de Historia aplicó especial énfasis en el culto a los héroes y en la historia militar, permaneciendo al margen de nuevas corrientes interpretativas procedentes de Europa.³⁵ También desde la literatura se fortaleció eficazmente el sentido de pertenencia nacional y más aún, regional. Sin duda las animadas tertulias protagonizadas por la asidua concurrencia de la Librería Restrepo en Medellín, así como las narraciones costumbristas de escritores como Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón, contribuyeron a la formación de un clima propicio para la magnificación de todo aquello percibido como propio de la región antioqueña, uno de cuyos casos fueron “los héroes de la tierra”. Idéntica labor se desarrolló desde la actividad política, dando lugar a resonantes ecos que reivindicaban el orgullo de Antioquia en el ámbito nacional. En este sentido, es célebre el discurso de Rafael Uribe Uribe titulado “¡Abajo los antioqueños!”, inventario de las contribuciones regionales a los intereses de la nación colombiana, pronunciado en el parlamento nacional en 1904.

Favorecido por la fortuna y la naturaleza

No sólo por ser el elegido de la gloria y por contar con una enorme predisposición guerrera, se dijo ente 1876 y 1910, que José María Córdoba había sido “favorecido por la fortuna y la naturaleza”. Se afirmó así, simple y llanamente porque se consideró que nada le había faltado. Federico Jaramillo Córdoba en 1876, y Rafael Baraya en 1898, citaron en sus obras una antigua anécdota, según la cual, en una ocasión en que ya era general:

[...] Córdoba se decía a sí mismo, mirándose en un espejo para hacerse el lazo de la corbata: ‘Que te falta? Hermosas que te adoren, enemigos que te teman, amigos que te quieran, laureles que te sobren, salud, oro, juventud, donosura y gloria, que te falta general Córdoba?’ ‘Juicio, mi general’, le contestó su viejo edecán.³⁶

³⁵ Rodrigo de J. García Estrada, “La Academia Antioqueña de Historia”. En: *Universidad de Antioquia historia y presencia*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1998, pp.225-227.

³⁶ Rafael Baraya, *Op.cit.*, p.93.

Ejemplo de corrección, urbanidad y sencillez

Los historiadores del último cuarto del siglo XIX hicieron especial hincapié en la urbanidad, pulcritud y sencillez del prócer. Estas adiciones a su figura vinieron a complementar la serie de atributos que lo mantenían en la cumbre de la posición heroica. Mas, desde la esfera de la personalidad y las convicciones internas del héroe, y desde el ámbito de su desempeño como hombre público, la historiografía de la época registró algunas facetas suyas que lo exaltaban como el ser social perfecto, como el individuo más indicado para marcar la pauta del óptimo comportamiento cívico y social. Obedeciendo a tradiciones orales previas, los historiadores de aquel tiempo hicieron brotar las prendas personales más excelsas de la figura de Córdoba. Desde entonces y hasta la actualidad, se ha creído a pies juntillas en su bizarría. Según el señor Llano, al lenguaje del ilustre general lo caracterizaba “la delicada oportunidad”.³⁷ En 1898 el Rafael Baraya acogió esta idea, apuntando que las maneras del prócer:

[...] estuvieron siempre de acuerdo con su buena educación, distinguiéndose en todas las demostraciones habladas con la pronunciación de su palabra, y escritas con la pluma que empuñaba en su diestra, por lo culto y civilizado de su lenguaje tan acentuado como sonoro.³⁸

Valga anotar que setenta años después, todavía se hablaba de “la suma elegancia del héroe”. Para esta época, del hombre inculto y burdo descrito por José Manuel Restrepo ya no quedaba nada.³⁹ La oposición de José María Córdoba a la aspereza, el desorden y la corrupción de sus compañeros de armas llaneros, su ecuanimidad y “su integridad inviolable”,⁴⁰ figuraron en la

³⁷ Juan C. Llano, *Op.cit.*, p.198.

³⁸ Rafael Baraya, *Op.cit.*, p.93.

³⁹ Véase: Rafael Gómez Hoyos, *La vida heroica del general Córdoba*, Bogotá, Librería del Ejército, 1969, p.216.

⁴⁰ Juan C. Llano, *Op.cit.*, p.200.

historiografía de los últimos veinticinco años del siglo XIX con alguna regularidad. El desprendimiento, cualidad propia de las almas elevadas, también fue atribuido al héroe desde aquel tiempo. Se dijo que “vivió siempre pobre”, y que su interés por el dinero se reducía simplemente “a garantizar el bienestar de los suyos”. Jaramillo Córdoba anotó, por ejemplo, que: “generoso y desprendido, él no trajo de los millones obsequiados por el Perú, sino el retrato de una hermosa, su corona (de laurel) y su espada”.⁴¹ La idea de que “siempre fue sobrio” y hasta austero en el vestir surgió y se desarrolló de manera paralela a la antedicha.

Inspirador de inspiración

En los relatos sobre José María Córdoba aparecidos durante el último cuarto del siglo XIX, es frecuente encontrar metáforas alusivas a sus hechos y a su persona. Al parecer, la mayor parte de tales figuras provenía de la tradición oral popular. Según indican, el rostro de aquel “rayo de la guerra” era terrible por su mirada “de fuego”.⁴² Su “voz de clarín educada en las batallas”,⁴³ dominaba fácilmente cualquier situación adversa, y su “celeridad” al ejecutar órdenes y proyectos le hacía comparable a un “huracán veloz”. Supuestamente, una fuerza misteriosa plegaba el destino a los designios de este “ángel fulgurante de la victoria”,⁴⁴ haciéndolo “temido de la muerte, respetado por el peligro, cortejado por los triunfos y acariciado por la gloria”.⁴⁵ “Temido y temible”, alrededor de su espada se tejieron mil leyendas, que al cabo terminaron fundiéndose en la misma tradición. De aquella espada “que rompió tantas cadenas y segó tantos laureles”,⁴⁶ se dijo que había fulgurado “siempre la primera” en las batallas,⁴⁷ “irradiando libertad” sobre el suelo

⁴¹ Federico Jaramillo Córdoba, *Op. cit.*, p.29.

⁴² Juan C. Llano, *Op. cit.*, p.44.

⁴³ Federico Jaramillo Córdoba, *op., cit.*, p.56.

⁴⁴ *Ibid.*, p.22.

⁴⁵ *Ibid.*, p.46.

⁴⁶ *Ibid.*, p.101.

⁴⁷ Juan C. Llano, *Op. cit.*, p.171.

americano, desde Venezuela hasta el Alto Perú. Otras alegorías presentes en la historiografía de aquel tiempo, indican que el semblante “de ángel” de José María Córdoba ocultaba su espíritu de “águila altanera”⁴⁸ y su “corazón de león”, los cuales supo manifestar: “en el temple del alma e inflexible energía con que se hizo conocer de los renuentes egoístas, soñolientos y adhesados al látigo de la servidumbre”.⁴⁹

El héroe eterno

La historiografía del período en cuestión encontró a Córdoba comparable con otros hombres que se habían distinguido en el pasado, ya por sus acciones extraordinarias, ya por su grandeza de ánimo. Federico Jaramillo Córdoba se refirió a su afamado tío llamándole “Aquiles” en varias oportunidades, y Juan C. Llano amplió la denominación designándolo “El Aquiles de la Epopeya Moderna”.⁵⁰ En todas las lenguas, el nombre de Aquiles ha llegado a ser la personificación del valor, y por eso, para la generalidad de los historiadores de finales del siglo XIX y comienzos del XX, estuvo bien aplicarlo a José María Córdoba. Por el mismo motivo que se le comparó con Aquiles, fue equiparado con “Héctor”, el otro gran héroe de *La Iliada*, y también, con “Leónidas”, el rey de Esparta que fue héroe en Las Termópilas. Con “Aristides”, general y político ateniense distinguido por la pulcritud de los servicios que prestó a su patria fue cotejado también; así como con “Jenofonte”, historiador, filósofo y general griego que sobresalió por su habilidad para conducir tropas en retirada. Del mismo modo se le encontraron algunas semejanzas con “Epaminondas”, notable general tebano. Pero de la antigua Grecia, con quien más detenidamente se le comparó fue con “Alcibíades”, general y político ateniense que fue el discípulo predilecto de Sócrates. Al general Córdoba, en asocio con su hermano el coronel Salvador Córdoba, se les comparó también con “los Gracos”, apelativo de dos hijos de la célebre Cornelia que fueron tribunos y oradores de Roma. Debido a esta comparación, en el siguiente período historiográfico, Doña Pascuala Muñoz de Córdoba, madre de los militares paisas, sería denominada “Cornelia

⁴⁸ Eduardo Posada, *Op.cit.*, p.22; Juan C. Llano, *Op.cit.*, p.205.

⁴⁹ Federico Jaramillo Córdoba, *Op.cit.*, p.13.

⁵⁰ Juan C. Llano, *Op.cit.*, p.142.

de las Montañas Antioqueñas”.⁵¹ Según los historiadores de la última parte del siglo XIX y la primera del XX, José María Córdoba tuvo otro enorme parecido con “el Cid Campeador” y con “Gonzalo Fernández de Córdoba”, el gran capitán español del siglo XV, una vinculación mucho más fuerte que un simple gusto mutuo por las armas. Fue comparado también con “Carlos XII”, con el almirante inglés “Horacio Nelson”, y con “Bayardo”, héroe francés ilustre por su caballeridad.

Las visiones de conjunto

Los historiadores de finales del siglo XIX dieron inicio a una práctica que se volvería habitual entre sus colegas del futuro próximo: la síntesis de los principales rasgos de los personajes estudiados en unas cuantas líneas de cada obra. Esos trozos de prosa hacían posible la obtención de una visión de conjunto de las diversas facetas del personaje en cuestión, al tiempo que más o menos marcaban el derrotero que se consideraba adecuado para las narraciones venideras sobre el tema. En ese sentido, contenían aquellos aspectos dignos de repetirse como integrantes de un cuerpo de ideas genérico sobre el héroe, que desde entonces ha variado poco. Además de realzar el perfil del héroe, estos compendios servían como cohesionadores, pues suministraban sentido de unidad a la multiplicidad de aspectos advertidos en el personaje. En esta perspectiva, Juan C. Llano comentaba:

[...] la belleza varonil de sus facciones, su marcial y gallardo continente, la noble altivez de su carácter, su índole generosa y desprendida, los oportunos e inesperados arranques de su ardiente imaginación en presencia de los mayores peligros, aparte de su bravura incomparable y de sus grandes prendas militares hubieran podido hacer de aquel mancebo uno de los más cumplidos y donosos paladines de la romántica era de las cortes de amor y de los trovadores. Si hubiera vivido en los tiempos de Troya, el divino Homero no hubiera tenido que ocurrir a su fecunda y pintoresca imaginación para inventar el tipo de Aquiles; y en la época de las cruzadas, ni Tancredo, ni Corazón de León le habrían dejado atrás en valor ni en aventuras caballerescas.⁵²

⁵¹ Roberto Botero Saldarriaga, *Córdoba: 1799-1829*, Medellín, Bedout, 1970, p.18.

⁵² Juan C. Llano, *Op.cit.*, p.221.

Entre la historia y el mito, 1910-1993

Los orígenes de la actual imagen de Córdoba se remontan a la segunda década del presente siglo. Desde entonces ha sufrido algunas transformaciones, que se desarrollaron en tres ciclos bien definidos:

Primer ciclo, 1910-1950

En 1911, cuando Jesús María Henao y Gerardo Arrubla publicaron su famosa *Historia de Colombia*⁵³ aún prevalecía buena parte de las formas de escritura utilizadas por los historiadores durante el siglo anterior. Sin embargo, la grandilocuencia del lenguaje había decrecido, dando paso a la concisión en las expresiones historiográficas, más en lo concerniente a la calificación particularizada de los personajes, que en lo tocante a la argumentación general de las obras. La fundación de la Academia Colombiana de Historia en 1902 contribuyó a dicho proceso de reducción, pues empeñados sus miembros en la consecución de la imparcialidad y la promoción de una ideología nacionalista, procuraron no incurrir en desmedidas loas de sesgo partidista. No obstante, dicho objetivo no siempre se cumplió de manera cabal, toda vez que con la simple elección de los personajes y los hechos a historiar los escritores mantuvieron el monopolio y el control sobre la materia prima de la historia, conservando intacta la posibilidad de construir a voluntad sus propias versiones del pasado.

En 1924 Roberto Botero Saldarriaga dio un paso decisivo en la configuración de la imagen legendaria de José María Córdoba. Decantó los atributos del “adalid” como nadie lo había hecho hasta entonces, conservando como eje de su discurso sólo aquellos que resultaban indispensables para definir los rasgos básicos del héroe.⁵⁴ En efecto, las tres tradiciones más importantes que se han constituido hasta la fecha sobre “el prócer” le deben su lugar de preeminencia a este historiador. Sin duda, fue él quien hizo al

⁵³ Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria*, 8a. edición, Bogotá, Voluntad, 1967.

⁵⁴ Según Pilar Moreno de Angel el proceso descrito fue ejecutado parcialmente sin el debido respaldo documental (Pilar Moreno de Angel *Op.cit.*, p.34).

héroe que se conoce hoy por hoy. Instaurada también por Botero Saldarriaga, antes de hablar sobre las tres tradiciones más importantes se hará alusión a la que ocupa el quinto lugar, referente a la fisonomía del héroe.

La fisonomía del héroe. Esta tradición sostiene que Córdoba fue un hombre de hermosa fisonomía física. José Manuel Restrepo fue el primero en describirlo como “de buena figura”.⁵⁵ Juan C. Llano, José María Arango, Rafael Baraya y Eduardo Posada convirtieron luego el comentario de Restrepo en una constante en sus libros. Jesús María Henao y Gerardo Arrubla fueron más allá y aseveraron que el perfil de Córdoba era igual “al de un héroe griego o romano”.⁵⁶ Pero fue Botero Saldarriaga quien mejor supo explotar como materia de sus escritos, “los perfiles apolíneos de aquel joven tan bello como un príncipe de leyenda”.⁵⁷

El atributo supremo. Tomando en cuenta la totalidad de las expresiones derivadas tanto del prócer en sí como de su recuerdo, la tradición más relevante de todos los tiempos en la tradición escrita es la que exalta su valentía proverbial. En las fuentes consultadas se hace referencia a ella al menos en ciento setenta y nueve oportunidades, treinta y ocho de las cuales corresponden al libro de Botero Saldarriaga. Es verdad que la tradición existía desde tiempo atrás, pero la publicación de su libro titulado *General José María Córdoba*, fue la que le condujo al primer lugar. Los historiadores Restrepo y Groot habían reconocido sin reservas “el enorme valor” de Córdoba; y por el mismo motivo, el general Posada Gutiérrez lo había denominado “El Bravo de los Bravos de Colombia”.⁵⁸ Citando al historiador José María Samper, Jaramillo Córdoba había dicho que su tío el general “simbolizaba el supremo valor”,⁵⁹ opinión que fue reiterada luego por Juan C. Llano, José María Arango y C., Rafael Baraya, Eduardo Posada y Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, entre otros. Magnificado posteriormente por Botero Saldarriaga, el concepto tomó una fuerza inusual que ha logrado conservarlo hasta el presente.

⁵⁵ José Manuel Restrepo, *Diario político y militar*, Vol.II, p.49.

⁵⁶ Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, *Op.cit.*, p.591.

⁵⁷ Roberto Botero Saldarriaga, *Op.cit.*, pp.15,181,462.

⁵⁸ Joaquín Posada Gutiérrez (GrI.), *Op.cit.*, p.255.

⁵⁹ Federico Jaramillo Córdoba, *Op.cit.*, p.102.

La corta edad del héroe. Con ciento treinta menciones en las fuentes consultadas, la segunda tradición historiográfica más importante sobre Córdoba, es aquella que resalta su notoria juventud al momento de ser considerado personaje importante y merecedor de un lugar en los anales de la historia. Esta tradición fue configurada prácticamente por los mismos historiadores y del mismo modo que la tradición que ensalza la valentía del gran hombre. Para proporcionar al lector una idea sobre el tipo de expresiones que la constituyeron después de ser impulsada por Botero Saldarriaga, basta con citar a Eduardo Mendoza Varela, quien al decir “Córdoba o la juventud”⁶⁰ hizo del personaje sinónimo de su atributo. Resulta oportuno anotar que una evocación paralela a esta tradición, señala que Córdoba fue joven hasta para morir. Dicha evocación aparece representada en la historia escrita por una serie de comentarios del siguiente tipo: “a la manera de los dioses fue corta su visita a nuestro mundo y triste por demás la repentina ausencia”.⁶¹

El militar integral. La tercera tradición historiográfica más importante sobre José María Córdoba, lo presenta como el militar integral por excelencia. A partir de 1927 ya no fue sólo aquel guerrero fantástico que percibieron los historiadores del último cuarto del siglo XIX, sino el soldado profesional que supo auto-constituirse en parámetro de lo castrense. Botero Saldarriaga dio inicio a esta tradición describiéndolo así en más de veinte apartes de su obra. En total, fueron poco más de cien los enunciados de ese tipo hallados en las fuentes. Uno de ellos, formulado por el historiador académico José M. de Mier, da cuenta de una manera gráfica de la adición hecha por Botero Saldarriaga al cuerpo de ideas sobre Córdoba. Según dice, “Córdoba fue soldado por intuición y por **formación**”.⁶² Junto con la tradición del militar integral sobrevinieron varias ideas afines. De hecho, la formalización de la estampa militar del héroe exigía la mención de elementos distintivos de la carrera de las armas, obviados hasta entonces o citados apenas tangencialmente en los relatos de los historiadores. Con alguna regularidad

⁶⁰ Eduardo Mendoza Varela, “Córdoba por Gómez Hoyos”. En: *Repertorio histórico*, Academia Antioqueña de Historia, Vol. XXV, enero-marzo de 1970, p.134.

⁶¹ Luis López de Mesa, “José María Córdoba”. En: *Fuerzas Armadas*, Revista del Ministerio de Defensa Nacional, Año XXXI, No.403, Santafé de Bogotá, enero de 1993, p.32.

⁶² José M. de Mier, Presentación, *Biografía del general José María Córdoba*, Bogotá, Banco Popular, 1974, p.11. El subrayado es nuestro.

comenzó a hablarse por ejemplo del “brillante uniforme” del prócer, o de “los estudios militares” que cursó en Rionegro bajo la dirección del sabio Caldas. Así mismo, se dijo con insistencia que “la escuela clásica de los militares de la Revolución y del Imperio” representada por Serviez, dejó “profundas huellas” en el espíritu y la mente del joven Córdoba.⁶³ La historiografía de la época señaló que Córdoba, “como modelo en el cumplimiento del deber”, había “sobresalido en la comprensión y la práctica de los más rígidos principios de la obediencia militar”,⁶⁴ y que tanto para sí como para los demás “mantuvo siempre la más estricta disciplina”. “Soldado de tiempo completo”, “su pasión por el campo abierto y la vida de campaña” fue expuesta con ahínco. En una misma página Botero Saldarriaga anotó por ejemplo, que en 1828 Córdoba “no podía adaptarse a la vida cortesana y de intrigas en la capital”, que experimentó “las nostalgias de la vida del campamento”, y que con todo su corazón “quiso volar a los campos de batalla”.⁶⁵ Pasado el primer cuarto del siglo XX, “la exactitud en los combates”, “la pericia en las expediciones”, “el prestigio dentro del ejército”, y en general, las más variadas prendas militares, cobraron fuerza en la imagen de José María Córdoba hasta señalarlo como “demonio de la guerra”.⁶⁶ Su grandeza militar alcanzó entonces su punto culminante en la historiografía. Se convirtió en tradición, y aún más, en objeto de culto.⁶⁷

⁶³ Roberto Botero Saldarriaga, *Op.cit.*, p.44.

⁶⁴ *Ibid.*, p.221.

⁶⁵ *Ibid.*, p.278.

⁶⁶ *Ibid.*, p.280.

⁶⁷ Generalmente, los trabajos de los historiadores posteriores, y muy especialmente las siguientes palabras del Pbro. Gómez Hoyos, corroboran lo dicho: “¿Hasta cuándo vamos a mantener, aún dentro de los historiadores militares de Colombia, la imagen falsa de un Córdoba que sólo sobresalía por su bravura? ¿Por qué no reconocerle abiertamente sus insignes méritos como táctico, bien demostrados en todas las campañas y combates que llevó a cabo durante quince años, es decir, durante toda su vida de guerrero responsable y maduro? ¿A qué se debe el afán de menospreciar los héroes nacionales para ir a mendigar ídolos a otras tierras, generadoras sin duda de hombres de guerra magníficos, combatientes al lado de los maestros, pero que, -como Córdoba-, nada tienen que enviarles en capacidad, eficacia y grandeza?... Contrista el ánimo y subleva el orgullo nacional el verificar que tales historiadores no sólo minimizan la intervención del general Córdoba y su papel estelar, sino que llegan a ignorarlos. Gesto antipatriótico, antihistórico y por lo demás inútil, que equivaldría a la actitud insensata de negar la realidad del sol porque se cierran los ojos para no ver su luz...” Rafael Gómez Hoyos, *Op.cit.*, p.109-110.

El caudillo popular. La imagen de Córdoba que Botero Saldarriaga y los demás historiadores de su tiempo plasmaron en los libros, se caracteriza por atribuirle al héroe un insospechado y profundo respeto hacia las leyes civiles.⁶⁸ Con la insistencia distintiva de las tradiciones, se dijo que el héroe “antepuso siempre el bienestar común al propio”, y que en todo momento se destacó por su espíritu “sinceramente republicano y demócrata”. Con igual empeño, se señaló que: “exceptuando el genio de Bolívar, la ilustración académica de Santander y los cultivados talentos matemáticos de Sucre, Córdoba, en su gran juventud, no tenía que envidiarle en cuanto conocimientos y educación a ninguno de sus compañeros de armas”.⁶⁹ Lo que tales historiadores presentaron como la preparación académica del gran hombre, aunada a sus convicciones políticas, determinó que se le retratara como el caudillo perfecto para la conducción de los pueblos hacia una “vida culta, civilista y libre”. Sin embargo, según la misma historiografía, los avatares de la historia impidieron la consumación de tan loable destino, como si una sombra siniestra brotada del contexto político y social se hubiera interpuesto entre el héroe y su pueblo, entre el héroe y su misión, -y a juzgar por su trágico final-, hasta entre el héroe y su Dios. En ese orden de ideas, la historiografía del período comprendido aproximadamente entre 1920 y 1950, reiteró el martirio del prócer, pero a diferencia de su antecesora de los años 1876 a 1910, no partió sólo del criterio de autoridad que se escuda en opiniones previas, sino también de la reconstrucción acuciosa de los hechos. Esos hechos habían sido extraídos de fuentes documentales serias, aunque no incontrovertibles como se pretendió entonces. Indicaban que el general Córdoba había actuado “conforme a derecho” cuando desconoció la autoridad suprema de Bolívar, y que procedió “sin albergar sentimientos de odio ni de irrespeto”. Esta idea, la sexta más significativa de cuantas tradiciones han promocionado los historiadores sobre Córdoba, dio paso a que se resaltara su franqueza como una de sus máximas virtudes. Otro tanto ocurrió con “su capacidad de resolución frente a la adversidad”, pues según se encontró en los documentos, había decidido defender sus convicciones hasta las últimas consecuencias, a sabiendas de que se hallaba en una inferioridad de condiciones total. Uno y otro atributo pasaron entonces a ocupar un lugar destacado en la galería de las tradiciones sobre el caudillo. Para no dejar la menor duda sobre su estatura heroica, se

⁶⁸ Roberto Botero Saldarriaga, *Op. cit.*, p.17.

⁶⁹ *Ibid.*, p.129.

reafirmó que “jamás fue un vulgar revolucionario”, pues según se dijo, le faltaban las condiciones de agilidad, reserva, ductilidad y disimulo del conspirador.⁷⁰ Del mismo modo se agregó que “su muerte fue un crimen oficial”,⁷¹ pues habría sido planeada desde el alto gobierno eludiendo las formas legales. La figura del abanderado de los intereses populares quedaba así completa. No se trataba de un caudillo cualquiera, de uno entre tantos, sino del que había sido inmolado por sostener la verdad de su fe, del que se había “ofrendado en holocausto por salvar a su pueblo”, y en un sentido más amplio, del que había sido elegido por Dios para el efecto. En el siglo pasado Federico Jaramillo Córdoba había anotado que su tío el general, era “uno de aquellos varones cortados a la medida del corazón de Dios para salvar las grandes causas de los pueblos”.⁷² Pero esta noción nunca alcanzó la consistencia que en pleno siglo XX supo darle el pensador antioqueño Luis López de Mesa. Con poéticas palabras, difundió la idea de que “el meridiano de Dios pasó por la existencia personal de José María Córdoba”, hasta el momento mismo en que se lanzó espada en mano a reclamar la vigencia de las leyes.⁷³

Segundo ciclo, 1950-1975

En la generalidad de las producciones posteriores a la de Botero Saldarriaga, se estrechó la vinculación entre el héroe, su época y su entorno. Los nuevos escritos restituyeron al Córdoba sobrehumano parte del brillo que en el ciclo historiográfico previo se le había negado en aras de unos rasgos básicos, más propios de los hombres que de los dioses. Al cabo de este proceso, el discurso histórico había ganado en equilibrio y en poder de convicción, a la vez que la introducción de refinados estilos literarios acrecentaba su atractivo.

⁷⁰ *Ibid.*, p.540.

⁷¹ *Ibid.*, p.638.

⁷² Federico Jaramillo Córdoba, *Op.cit.*, p.14.

⁷³ Luis López de Mesa, *Op.cit.*, p.31.

De fibra ibérica y corazón americano. En páginas anteriores, al hablar sobre los personajes históricos con los que ha sido comparado José María Córdoba, se dijo que los historiadores del último cuarto del siglo XIX lo relacionaron con Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán español que en el siglo XV revolucionó la profesión de las armas. En 1876, Federico Jaramillo Córdoba había denominado a su ilustre tío “El Gonzalo de Ayacucho”,⁷⁴ porque tanto en dicha batalla como en los demás momentos de su vida militar se comportó a la altura de aquel Gran Capitán. La historiografía posterior a 1950 convirtió la semejanza en nexos más estrechos, llegando incluso a emparentar a ambos personajes.⁷⁵ La historia escrita poco más o menos entre 1950 y 1975, dio a entender que si Fernández de Córdoba había aportado en grande a la conquista de un Nuevo Mundo para España, José María Córdoba había hecho en Ayacucho lo propio para su liberación. Afirmó que el héroe americano no tuvo nada que envidiar al ibérico por su obra histórica, pues al igual que aquel, había dejado de ser un simple caudillo militar para convertirse en “símbolo de todo un continente”, en símbolo de la libertad y la pujanza de una cultura floreciente. Personificación del guerrero americano según la historiografía del período, en la figura de José María Córdoba confluyeron la reciedumbre hispánica que forma imperios y la astucia americana que desde una posición desventajosa es capaz de demolerlos, a golpes de valor, pero también de malicia e instinto criollos.

Inteligente, vivaz, culto y sensato. La inteligencia del héroe fue descrita con generosidad por la historiografía tradicional posterior a 1950. Además de realzar “su ingenio”, señaló con insistencia “la lucidez de sus ideas”, “la vivacidad de su pensamiento” y “la solidez de su criterio”. Procuró dar a Córdoba una imagen de hombre maduro y aplomado, en desmedro de aquella formulada en el siglo XIX por José Manuel Restrepo, que lo mostraba falto de cordura y hasta mentalmente desequilibrado.⁷⁶ Según se dijo, “la potencialidad intelectual” del prócer se vio acrecentada por “su consagración

⁷⁴ Federico Jaramillo Córdoba, *Op. cit.*, p.22.

⁷⁵ Como buen difusor de la doctrina hispanoamericanista, el Pbro. Gómez Hoyos se esforzó en vincular el temple heroico del prócer antioqueño con el linaje hispano. Por ello no tuvo inconveniente en denominarlo Gran Capitán en repetidas ocasiones, como tampoco en aseverar sin prueba alguna que descendía directamente de Fernández de Córdoba. Rafael Gómez Hoyos, *Op. cit.*, p.4.

⁷⁶ Rafael Gómez Hoyos (Pbro.), *Op. cit.*, p.286.

al estudio” de la literatura clásica, las matemáticas y el idioma francés. “La formación cultural” de Córdoba tomó entonces la configuración de tradición y pasó a ocupar un lugar importante.⁷⁷ Puestas en firme las nociones de “la inteligencia” y “la formación cultural” de Córdoba, se dijo que el don de “la capacidad” lo había alumbrado en todo sentido: como “catador de situaciones sociales”, como “analista de asuntos de Estado”, y hasta como “diplomático”. Con especial cuidado se señaló que no sólo por la vía de las armas colaboró con la fijación de las fronteras de la patria, y que en la fase final de su vida dejó de sentirse mero caudillo militar para asumir la defensa de la república como “jefe político”.

Moralmente superior. En la historiografía tradicional producida durante el período comprendido entre los años 1950 y 1975, a Córdoba se le atribuyeron cualidades que lo definen como un hombre moralmente superior. El origen de las tradiciones que sostienen dicha idea se remonta al siglo XIX, pero sólo después de 1950 adquirieron consistencia por repetición continua en la historia escrita. La primera de las tradiciones en cuestión dice que José María Córdoba fue “un hombre de honor”. Otra muchísimo más difundida, señala que en su vida heroica “jamás apareció lo vulgar o lo mezquino”. En las fuentes consultadas este aspecto se exalta en gran número de ocasiones, argumentando que el prócer fue un hombre “de principios”, “incapaz de bajezas”, “dominado por la virtud” y “sin pasiones bajas”. En concordancia con lo anterior, otra importante tradición sostiene que fue “un romántico”, “un soñador” que confundía la realidad con sus propias quimeras y esperanzas.⁷⁸ Según se ha dicho, “su espíritu caballeresco y habituado a los más altos sueños” hacía de él “un perfecto quijote”.⁷⁹ Otra tradición bien relevante, asegura que José María Córdoba fue “un varón hecho para las tempestades”.⁸⁰ Palabras más palabras menos, esta tradición exalta su tenacidad y su constancia.⁸¹

⁷⁷ *Ibid.*, p.271.

⁷⁸ *Ibid.*, p.227.

⁷⁹ *Ibid.*, p.142.

⁸⁰ *Ibid.*, p.216.

⁸¹ Javier Gutiérrez Villegas, “Prefacio”, *Córdoba 1799-1829*, Medellín, Bedout, 1970, p.5.

La grandeza del héroe. A pesar de que a partir de 1865 comenzó a hablarse explícitamente y con cierta recurrencia de “la grandeza” del héroe, sólo después de 1950 dichos comentarios adquirieron máxima solidez. Calificativos como “grande”, “colosal”, “eminencia”, “superior” y “extraordinario” aumentaron sus apariciones en los libros para indicar que Córdoba eclipsó a quienes le rodearon. Más que nunca antes, durante este período se adujo que la existencia de José María Córdoba tuvo sentido en la medida en que estuvo dedicada al servicio de “la libertad” y de “la patria”.

Así por ejemplo, al prócer que motiva estas líneas se le atribuyeron dotes de “clarividente”, guiado por las cuales habría trazado su propio destino y el de su pueblo. Entonces, fue exhibido “como guión y espejo”⁸² para las nuevas generaciones, esto es, como parámetro y norma de conducta, como ejemplo digno de ser imitado para bien de la patria. Para terminar esta parte, debe anotarse que la historiografía tradicional del período 1950-1975, lamentó profundamente que en algunas ocasiones su antecesora hubiera menospreciado la estatura heroica de José María Córdoba.

Tercer ciclo, 1975-1993

En el José María Córdoba descrito por la historiografía tradicional después de 1975, sobresalen su conducta viril y su impresionante resistencia física. La historia escrita de este período también fue clara en señalar, que el héroe se distinguió en su vida privada por su carácter festivo y humorístico. En efecto, la tradición que lo muestra como aficionado al baile y a las mujeres adquirió entonces más fuerza que nunca. Entre muchos comentarios por el estilo, doña Pilar Moreno de Angel anotó por ejemplo, que el héroe “conquistaba a las mujeres con la misma facilidad con que luego se apartaba de ellas”,⁸³ que realizaba sus conquistas “con el mismo ardor con que incursionaba en las batallas”,⁸⁴ y que la práctica constante en la vida donjuanescas le llevó a ser “tan hábil en las artes del amor como en las de la

⁸² Javier Gutiérrez Villegas. *Op.cit.*, p.5.

⁸³ Pilar Moreno de Angel, *Op.cit.*, p.143.

⁸⁴ *Ibid.*, p.318.

guerra".⁸⁵ Contrariamente a lo expresado pocos años antes por el Pbro. Gómez Hoyos, la historiadora antioqueña sostuvo que Córdoba sí tuvo "amores impuros", sobre todo en el año de 1820 cuando participó en el sitio a Cartagena.⁸⁶ De igual forma, desmintió al eclesiástico y a quienes con anterioridad a él habían asegurado que Córdoba fue un hombre devoto. Pero no todos los historiadores del período de doña Pilar se mostraron de acuerdo con ella en este aspecto, y hubo quien anotara repetidamente que el prócer había sido "buen cristiano", "creyente" y "practicante".⁸⁷ Coincidieron sí, en señalar que el prócer siempre fue "afable y complaciente con los suyos", hasta el punto de ganarse la estimación incondicional de cada miembro de su familia, de su círculo de amigos, y de la generalidad de la población de su querida Rionegro, ciudad a la que consideró siempre su patria chica. "Magnífico hijo y hermano", "su amor puro y constante" por los miembros de su familia mereció mención aparte en los libros desde la década de 1920. A pesar de ello, sólo después de 1975 dicha idea se convirtió en la décima tradición más importante sobre el héroe. "Fraterno", "cuasi paternal", "cariñoso", "responsable" y "desinteresado", fueron los calificativos más utilizados por los historiadores para difundirla. Esta tradición retrata a un hombre "preocupado por la situación económica de su hogar" a raíz de la muerte de su padre, a un hombre que por lo mismo dispuso que dos tercios de su sueldo le fueran entregados a su señora madre, a un hombre "comprometido con la educación de sus hermanas", y en fin, a un hombre que demostró una profundidad afectiva insospechada.⁸⁸

En el banquillo de la historia. Desde el último cuarto del siglo XIX varios historiadores han hecho referencia a los pronunciamientos de sus colegas sobre el pasado sobre Córdoba. En las fuentes consultadas todas las referencias de este tipo concluyen que cuando se ha puesto en duda la transparencia del proceder del héroe, se le ha juzgado con demasiada severidad; o bien, que ha sido juzgado con ecuanimidad cuando los

⁸⁵ *Ibid.*, p. 321.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 190.

⁸⁷ Gabriel Obregón Botero, "Aquel Pepe Córdoba". En: *Revista Universidad de Medellín*, No. 37, Medellín, 1982, p. 98.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 86.

comentarios resultantes favorecen su buen nombre. En 1876 Juan C. Llano anotó que el historiador Groot había sido “demasiado duro con Córdoba”.⁸⁹ Cincuenta años más tarde, al observar los apuntamientos del historiador José Manuel Restrepo, Roberto Botero Saldarriaga anotó que en ellos había dado cabida “a decires muy poco serios y sin presentar ningún testimonio histórico en su abono”. A esto agregó: “más de un párrafo de aquel historiador fue hosco para Córdoba”.⁹⁰ Por su parte el Pbro. Rafael Gómez Hoyos respaldó con decisión los elogiosos comentarios del general Posada Gutiérrez sobre el héroe, así como las palabras de Luis López de Mesa que lo enaltecieron como “combatiente estatuario”.⁹¹ Más recientemente, el general Alvaro Valencia Tovar, descalificó no los comentarios de un historiador en particular, sino la actitud pasada y presente de la opinión pública frente a Córdoba, pues en su concepto, junto con el Precursor Antonio Nariño, Córdoba “encarnó el choque de los militares que forjaron la república con la ingratitud de los pueblos”.⁹²

Conclusiones

Luego de analizar diversos componentes que han influido en la elaboración de la historiografía colombiana referida a José María Córdoba, pueden formularse brevemente algunas conclusiones de carácter provisorio.

En las diferentes variantes de la historia escrita consultada, se hallaron elementos de caracterización del personaje que pueden ser descritos como ejemplarizantes. De acuerdo con esto, se ha presentado aquí un acercamiento inicial al discurso historiográfico de la ejemplarización, escrito desde una perspectiva ideológica tradicionalista.⁹³ Sin duda, la invención de la tradición ha sido útil a diversas propuestas nacionalistas y regionalistas -aún vigentes-, que nutrieron la configuración cultural, social y política de Colombia desde

⁸⁹ Juan C. Llano. *Op.cit.*, p.239.

⁹⁰ Roberto Botero Saldarriaga, *Op.cit.*, p.467.

⁹¹ Rafael Gómez Hoyos (Pbro.), *Op.cit.*, p.303.

⁹² Alvaro Valencia Tovar (Grl.), “La Gran Colombia”. En: *Historia de las Fuerzas Militares de Colombia*, Santafé de Bogotá, Planeta, 1993, Vol.II, p.107.

⁹³ En el presente trabajo la palabra “ideología” hace referencia a aquellos sistemas de ideas, creencias, y visiones propias de cada sociedad, susceptibles de condicionamientos -o condicionados de hecho- por las clases o grupos

el siglo XIX. Aparte del evidente papel que han jugado los héroes en la consolidación de Estados Nacionales a lo largo de toda la historia, -recuérdese la parte denominada “la grandeza del héroe”, del ciclo comprendido entre 1950 y 1975-, también el afianzamiento de ámbitos regionales se ha visto afectado por la existencia de paradigmas heroicos inspiradores de mitos. Un ejemplo aplicable al caso es el de Antioquia: la Antioquia del tiempo de Córdoba con todas sus significaciones -familia y tradición, suelo y paisaje-, ha sido percibida incontables veces por los biógrafos del héroe como factor determinante de su singular figuración histórica. Sin muchos ambages y con gran orgullo, “la gesta montañesa” exaltada por tales biógrafos, ha asumido que la actuación de Córdoba dependió en mayor medida de su genuino antioqueñismo. Hijo del municipio de Concepción, eterno enamorado de la ciudad de Rionegro, Libertador de Antioquia y máximo representante de las virtudes de sus gentes, por lo general Córdoba ha aparecido en la historiografía presentada, como un producto perfectísimo del surgimiento espiritual y cultural experimentado por su provincia desde comienzos del siglo XIX. A partir de la tercera década de esa centuria, su nombre fue sinónimo de cuanto hizo Antioquia por la causa de la independencia nacional. En ese sentido, desde entonces José María Córdoba ha sido Antioquia y Antioquia ha sido José María Córdoba. Para las primeras décadas del siglo XX, el surgimiento del imaginario colectivo que se ha dado en llamar antioqueñidad, significó la consolidación de la conexión entre el nombre del prócer y su tierra. Desde entonces, dicho imaginario ha hecho cuanto ha podido por realzar la asociación región-personaje como un mismo paradigma.⁹⁴ Sin lugar a dudas, la imagen de Córdoba consignada en los libros tradicionales de historia a lo largo de los años, es a la vez símbolo y sostén de una supuesta Antioquia de ensueño, heroica y grande.

sociales dominantes. Véase cómo define este concepto el historiador español Manuel Tuñón de Lara en *Por qué la historia*, Barcelona, Salvat, 1984, p.37.

⁹⁴ Por “imaginario” se entiende aquí, el conjunto de imágenes, que tras ser producido por una élite con fines políticos, conlleva repercusiones históricas. Mediante la generación de ansia por la figura de los héroes, el fomento y la difusión de los más variados mitos, actúa dirigiendo el pensamiento de la sociedad y provocando su movimiento. Para diferenciarla de la Historia de las Mentalidades, el historiador francés Georges Lomné define la Historia de lo Imaginario como una historia básicamente política. Según dice, mientras la Historia de lo Imaginario “estudia la producción de un imaginario por una élite”, la Historia de las Mentalidades “estudia la mentalidad del común, con una base económica y social”. Véase: “La Historia de lo Imaginario”, entrevista de Constanza Toquica C. a Georges Lomné, *Gaceta de Colcultura*, No.9, Bogotá, diciembre 1990-febrero 1991, pp. 15 y ss.